

Síndrome de Estocolmo



A un año y un poco más del cierre de las escuelas a causa del COVID-19, las consecuencias más graves de este encierro en los niños están por venir. Según Unicef, Latinoamérica es la región que lidera el número de países con más escuelas cerradas después de la pandemia (2021). En esta región hay nueve países que encabezan las listas que muestran que, tras un año de pandemia, no han abierto sus puertas para que los niños regresen a entornos escolares. Panamá, Bolivia, El Salvador y Ecuador son países que aún no han logrado desarrollar un plan sostenido de reapertura.

La afectación más grave del cierre de las instituciones educativas se llevan los niños en condiciones más vulnerables, quienes han tenido que experimentar una desconexión total con sus profesores y compañeros. Muchos niños no solo han padecido un retroceso académico enorme, sino una desvinculación con su realidad socioemocional. La mayor parte de

ellos, por su condición económica, convive en situaciones deplorables, sin cuidado, sin estimulación ni alimento adecuado.

Una de las actitudes que estamos viendo es la indiferencia de la sociedad ante el tema. Miramos cifras de las afectaciones económicas de los cierres de establecimientos comerciales y reaccionamos enseguida, buscando abrirlos para que esos negocios no mueran. Sin embargo, los niños no corren con esa suerte. Como los niños en sus casas no tienen voz, miramos entonces para otro lado, ignorando la gravedad del tema.

El síndrome de Estocolmo es un fenómeno documentado en la psicología para describir cuando una persona rehén o secuestrada desarrolla un vínculo afectivo con su captor. En el caso del encierro de los niños, estos tienen obviamente un vínculo afectivo con sus padres que conviven con ellos. La analogía está en que los niños empiezan a disfrutar del secuestro.

Ahí está el verdadero problema. Los padres comentan con alegría cómo sus hijos no quieren salir de casa, cómo la virtualidad responde perfectamente a sus necesidades escolares. Escuchamos a padres decir que sus hijos ya no quieren regresar a la escuela.

Tenemos que abrir los ojos ante la amenaza de que se acostumbren al secuestro. Y por más cómodo y conveniente que sea para los padres, debemos reconocer la necesidad social que tienen los niños en esta importante etapa de desarrollo. Los seres humanos somos seres sociales por naturaleza; la convivencia y normas se aprenden con la práctica experiencial de la conexión. Mantener a los niños conectados a una pantalla sin contacto con sus pares es un crimen. Lamentablemente, las consecuencias más visibles se verán más adelante, cuando la adaptación psicoemocional de toda una generación se convierta en un desafío mucho mayor que el mismo COVID.